

CINCO BROTES VERDES / 3. ANDREU RODRÍGUEZ

Tenía 22 años cuando, en 2005, se le disparó la escopeta a 30 centímetros del mentón y le destrozó la risa. Tras una veintena de operaciones, cuando pudo levantarse, la inmobiliaria en la que estaba empleado había cerrado por la crisis. Pero él no quebró. Desde agosto trabaja en Correos. Este remite es suyo, una lección de Andreu

Una clase de sonrisa

PEDRO SIMÓN / Lérida

Si Andreu retirase el folio, adivinarían una historia y una mueca de orgullo.

Si Andreu apartase la cartulina de la cara, verían lo que esconden la palabra crisis y la palabra resurrección.

Si Andreu rasgase el velo de papel que nos separa (y que hoy nos une), observarían un tipo rehecho, un alfarero moldeándose, un trozo de peroné haciendo las veces de barbilla, el rompecabezas de Dios y el destello de un sol abrazador.

Si Andreu retirase finalmente el folio dibujado a mano, no verían lo que ven. No. Verían a un hombre entero. Sonriendo de verdad.

La sonrisa de los 22 años -ancha y fresca como una escarola- le voló por los aires un 15 de junio de 2005. Andaba nervioso. Fue a relajarse con el tiro al plato. Se le escurrió jabonosa la escopeta entre las manos, eso cuenta. Y el disparo fue de abajo arriba, a 30 centímetros del mentón.

Que se destrozara todos los hue-

«Pasé de querer comerme el mundo a querer que el mundo me comiera a mí»



CARLOS GARCÍA POZO

«En la crisis he vuelto a ser yo, a tener un empleo, las cosas no son tan feas»

Los maxilofaciales no es el motivo. Tampoco las 22 intervenciones quirúrgicas. Ni lo de la depresión. Ni lo de la novia. Ni lo del dolor inconmensurable que no verán, que no vimos, que no vemos.

El motivo de esta historia es que Andreu arruga el folio como una pelota y lo arroja por fin a la papelera. El motivo es que se ha agarrado a un trabajo en Correos, como si fuera una polea para salir del pozo, y que desde agosto de 2012 cobra 1.000 euros al mes. Y que tiene un contrato de un año. Y que la crisis se llevó la inmobiliaria del padre donde era el gerente. Pero lo dejó a él. Que ahora hay luz y antes estaba todo oscuro.

El niño guapo de 22 años, 4x4 y 3.000 pavos en nómina, despertando después de tres meses en coma. Con un espejo delante y sin cara, en un clásico del celuloide.

Abre los ojos.

Andreu abre los ojos y no se ve. (...)

«Pasé de querer comerme el mundo a querer que el mundo me comiera. Lo tenía todo: dinero, éxito con las mujeres, un cochazo... Hasta el accidente. Con la cri-

sis, el negocio de mi padre quebró. Pero en la crisis también he vuelto a ser yo, a recuperar un empleo, la autoestima, a dejar de esconderme. Las cosas no son tan feas. Eso es lo que pienso, eso es lo que digo. Si las metas que te pones son realistas, casi siempre las vas a conseguir. Nada de lo que me pase, nada, volverá a ser tan duro».

Ahora puede hablar de esto y recuerda que las manos le sudaban y que la escopeta se le resbaló, que perdió el conocimiento y que fue trasladado en ambulancia desde el campo de tiro de Lérida hasta Barcelona, que le quitaron piel de los brazos y del tórax, y que eso -con todo- sólo fue el principio.

Cuando al fin despertó, no sabía del mundo ni la media. Lo primero que verbalizó al salir del coma en Vall d'Hebron, milagrosamente vivo, fue que al día siguiente tenía que ir a no sé qué obra «a echar hormigón». Su padre le cogió de las manos. Recuerda que le dijo una cosa. Dos veces se lo dijo.

-Tienes que tener paciencia. Tienes que tener paciencia.

Huyó de Lérida como de sí mismo y se instaló durante años en un chalé familiar junto a la playa de Tarragona. Porque Lérida «es un pueblo», decía, y él no quería ser señalado con un «ahí va, míralo». De tanto llorar adelgazó 30 kilos. O de no alimentarse. O de

tanto pensar que ojalá se hubiera quedado tieso allí, en la finca del tiro al plato. Tenía 22 abriles que parecían 90.

«Pasé de ser guapo, tener amigos, tenerlo todo, a no tener a nadie. No podía comer por la boca, sino por una sonda en el estómago. Vivía con una toalla en la cara para agarrar el labio. Eran operaciones y más operaciones. Si me levantaba de la cama era porque mi novia, mis padres y mi hermana, que se vino conmigo, trataban de sacarme una sonrisa. Ella era cajera en un supermercado y acabó con una depresión. La echaron porque se quedaba en blanco. Mi novia terminó dejándome. No es

culpa suya. Yo era una persona inaguantable. Me quedé solo. En la playa».

Andreu estaba en quiebra, pongamos. Había crisis ya en España y había crisis en Lérida. Había crisis en la economía global y había crisis en la constructora del padre. Pero Andreu estaba en quiebra. De 50 empleados en la empresa pasaron a tener cuatro. De cuatro a cero. Cuando al cabo del tiempo Andreu estuvo listo para volver al negocio, no quedaba ni un andamio en pie.

El mojón del kilómetro cero se lo puso en 2009 -después de una operación definitiva que le hicieron en Francia- y desde ahí todo

> CRÓNICA DE UNA LIBERACIÓN

> «Trabajar en lo que fuera». «Hice un par de entrevistas y les dije que quería trabajar en lo que fuera». Eso fue lo que escucharon de Andreu en el programa Incorpora de La Caixa, un proyecto de integración sociolaboral que ya ha logrado trabajo para 42.000 personas con dificultades. Estuvo a prueba 20 días. Le pusieron un contrato delante. El mundo se abrió. Era 2011.

> Terapia. «El hecho de trabajar está siendo muy terapéutico para él, le mantiene activo, tiene obligaciones, se siente útil, ha podido poner orden en su vida», cuenta su entorno.

> Un disparo «liberador». Andreu ha vuelto a salir de caza. Años después del accidente, la primera vez que lo hizo fue con su padre y con su tío. «El primer disparo fue liberador». No cazaron nada. Pero entenderán que poco importa.

empezó a reconstruirse. «Decidí que se acabó, que eso de andar escondido no era bueno para nadie». Así que llega a Lérida y llama a los amigos. Así que abre los ojos y se deja ver. Así que dice hola padre y hola madre. Así que dice hola antiguo bar y hola antiguo barrio. Así que cuelga el pasado en el perchero, cierra la puerta y en casa huele a benditas lentejas.

«Quería trabajar en cualquier cosa. Busqué y busqué y busqué. Tenía una pensión de 770 euros por incapacidad absoluta. Pero yo renuncié a eso, no lo quería para mí. No. Yo quería trabajar. Un chaval de veintitantos necesita trabajar... Me salió esto de Correos. Me contrataron. Y, ahora que estoy contento, creo que yo he sido tres personas distintas: el de antes, el del accidente y el de ahora... Te va a sonar raro, pero creo que el mejor de todos es el de ahora».

No es que lo digamos nosotros, es que se lo dice su primo Daniel, ingeniero en paro.

-Joder, Andreu, es que no se te pone nada por delante.

No es que lo digamos nosotros, es que se lo dice un jefe.

-Si todos los capacitados fueran como tú...

No es que lo digamos nosotros, es que es Andreu el que retira el folio. Y se ríe de veras. Y te dice que te lo pongas tú.